

Cuatro boleros ambiguos en la boite Acapulco.

No recuerdo si fue el año '56 o el '57 cuando Sibila Zarricueta y su pareja Thomas Kitt, un tipo chato con pelos de vikingo, tuvieron una casa de citas en la calle Errázuriz esquina con Zegers, pleno centro de Iquique. Ambos descubrieron el provechoso negocio paseando por Viña del Mar donde conocieron una cantidad de moteles más el concepto de pingües ganancias por sexo fugaz. Supuse, oyendo inapropiadamente el cuchicheo familiar, muchas parejas, tenían la necesidad de encontrarse sobre una cama ajena, para *gorrear* a sus cónyuges.

En las dos piezas que les sobraron de la casa, desde que los hermanos menores de Kitt emigraron a Pueblo Hundido escapando de múltiples demandas judiciales por estafas, instalaron biombos de mal gusto, discretos lavatorios, bidets portátiles llenos de agua con permanganato, más un alto de pañitos, preservativos y toallas. Las sábanas, de impecable blancura, jugaban barrocamente con la oscuridad y con la luz tenue de una lámpara con ampolleta roja descascarada. Las puertas se cerraban herméticamente desde adentro de las habitaciones. Dos *pichunchos cabezones* de cortesía, rompían el hielo dando paso al desenfreno. Sólo la alcoba que daba a la calle tenía espejo en el cielo raso. Muchos clientes, ante la disfunción eréctil, se entretuvieron jugando a hacer posturas sexuales mirándose *calatos* en el techo mientras se les erguía el *chuto* fiambre. Primero llegaba uno de los dos

cómplices infieles disimulando el encuentro como si fuera de compras y esperara a alguien atrasado. Tras un ring-ring, se abría la puerta de calle, nadie miraba a nadie; con un gesto de mano se invitaba a una salita pequeña con dos sillas y una percha, todas de Viena. Sobre una mesita de centro, cubierta con un paño color crudo hecho a crochet, había un cenicero de concha de loco y un botellín con agua y dos vasos que invitaban a remojar la boca. Después arribaba la pareja.

Julia Arcos, amiga de mi abuela la sorda, fisgaba sin ser vista desde la vereda oriente. Con las arrugas pegadas a los barrotes, le interesaba saber si uno o ambos “acostantes” –como solía decir– eran conocidos para, al día siguiente, tener chismes que contar en el restaurante Zaragoza donde Julia, a la hora de almuerzo, atendía mesas junto a una garzona turnia. La costumbre se le quitó el día que el dueño del restaurante, ubicado frente al mercado, entró al paraíso de Sibila y Thomas con la mujer de un dentista croata pesado de mano, una rubia de ojos claros llamada Stanka, que domingo por medio iba con su marido e hijos a comer callos a la madrileña. Ni la bizca, que sabía guardar secretos, lo había sospechado.

Al parecer, los servicios prestados por la casa de citas iban muy bien hasta que el cuento (mal contado) llegó a oídos de una autoridad sanitaria y pechoña vinculada al arzobispado y, de un mes a otro, apareció en la misma esquina la Boite Acapulco. Echaron abajo una pared; las dos piezas cachondas, dieron paso a un gran salón de iluminación íntima, mesitas, un Wurlitzer, la pista de

baile, una pelota de espejuelos, el mesón más extenso jamás visto y un barman de dos metros que hacía malabarismo con la coctelera, pero, a pesar de haber sido medio pariente de un experto en tragos, los cocteles, según paladares exigentes, quedaban asquerosamente malos. Todos fumaban. A las diez de la noche, bajaban las luces, los espejuelos mareaban, luego, salían unas bataclanas empelotadas con tocas de plumas teñidas y pompones colita de conejo en sus traseros. Eran la Perlina y la Radiolina, dos chicas de Calama, exbailarinas del otrora cuerpo de danzas afro del Parafina Lozano, un proxeneta que dos manzanas más al norte, cada fin de semana transformaba su casa en un cabaret-bar clandestino repleto de ebrios libidinosos y sin un cobre. Tiempo atrás, el panadero del barrio lo había denunciado por ruidos molestos y faltas a la moral. El italiano ya tenía bastante con el mosquerío y el olor a mierda de vaca del establo de enfrente. Lozano, inhabilitado como cabrón, liberó a sus dos estrellas-detergente y pasó a ser galeoto, un trabajo redondo, tan inmoral como su anterior oficio, pero “limpio, de cuello y corbata” decía él. Los viejos verdes le encargaban: “señoritas, sanas, bonitas, jóvenes y decentes”. Con ese slogan, el Parafina las conseguía, les enseñaba a poner cara de mina caliente, las alcaheteaba, hacía la oferta y, como lo haría una Celestina, se las dejaba bañadas y perfumadas a sus clientes sentaditas donde el Ángel Custodio Cuevas, un exferroviario que arrendaba piezas en calle O’Higgins con 21 de Mayo. A la máquina de discos, o *chancha*, Kitt le

metía una moneda y sonaba una rumba: “Óyeme Cachita, traigo una rumbita para que la bailes como bailo yo...” entonces, la Perli y la Radi (en confianza) a pata pelada como la Tongolele, le subían la temperatura a la noche. Los *cabros* curiosos del barrio pedíamos permiso en casa para ir a cualquier parte con tal de asomarnos y *luquear* por las puertas del Acapulco que eran de vaivén como las de saloon de películas del Oeste americano. La Sibila destapaba las cervezas, servía los tragos, repartía unos tarros con maní y cobraba; al gigante sólo le salían buenas las cubas libres, la media gracia. Después de la rumba, sonaba una conga. Entonces venía la apoteosis, cuando las vedettes, prendidas, eufóricas, sacaban a los parroquianos a bailar en largas filas tirando hacia afuera las piernas coreográficamente de acuerdo al ritmo caribeño... conga, conga, con-gá... los más curados se sacaban la cresta por la fuerza que tomaba la cola. Luz, vítores, aplausos; acto seguido, Perlina y Radiolina, iban de mesa en mesa recibiendo los billetes manoseados de cinco o diez pesos que sus admiradores acomodaban en el borde del minúsculo sostén o, mitad adentro, mitad afuera del bikini transpirado. Al rato volvían olorosas, oreadas de sus sudores, vestidas con provocativos escotes y se quedaban bebiendo junto a quienes les ofrecieran más propinas y mentas frapés: unos copetes verdes, aguachentos que terminaban, con disimulo, tirados al suelo cuyo consumo aumentaba sus ganancias. Para el número artístico siguiente, Kitt, micrófono en mano fungiendo de maestro de

ceremonia, con voz de locutor radial, pedía silencio. Tras una poética, relamida y romántica presentación, un seguidor de luz cenital se abría lentamente y al extremo del haz, emergía la portentosa Ruby cual Ella Fitzgerald con corte de pelo garzón. El requinto anunciaba el primer bolero...

“Porque tu amor es mi espina, por las cuatro esquinas hablan de los dos, que es un escándalo dicen...” y miraba fijamente a Sibila que escondía los ojos para no encontrarlos con los de la cantante negra... “no hagas caso de la gente, sigue la corriente y quíereme más, que si esto es escandaloso (enfaticaba con subido tono dramático, llevándose una mano al pecho), es más vergonzoso, no saber amar...” seguía la Ruby exigiéndole más energía a sus dos guitarristas también cholos. Su voz, rasgos masculinos y su gordura desentonaban en su vestido de perlitas y lentejuelas que le bordaba Edith, se veía quizás mejor cuando paseaba por calle Vivar con bluyines, mocasines de hombre y la camisa afuera del pantalón mirándoles el poto a las mujeres.

“Atiéndeme, quiero decirte algo... nosotros, que nos queremos tanto... no es falta de cariño, te quiero con el alma”... Sibila salió al patio. “Tú me acostumbraste, a todas esas cosas... y en tu mundo raro por ti aprendí... pero por qué no me enseñaste, como se vive sin ti...” Sibila volvió llorosa a atender las mesas. –Mi último bolero, lo dedico a alguien que está acá, pero Uds. ni sospechan a quién va dirigido –dijo la negrita *chavelona*. Los embriagados, que no *cachaban el mote*, saltaban queriendo ser el destino de la dedicatoria...entonces: “Usted es la culpable de todas mis angustias y todos

mis quebrantos... usted me desespera (voz desgarradora), me mata, me enloquece... (dos lágrimas cristalinas rodaron por las mejillas morenas)... y hasta la vida diera por vencer el miedo de besarla a usted". Ruby se despidió del público enardecido. Besando la palma de su mano sopló el beso al rincón más oscuro del Acapulco; en las sombras una mujer mordía acongojada sus labios, porque esos cuatro boleros eran el adiós a una pasión imposible. Afuera la esperaba Edith Gajardo, su mina oficial, la exputa que le aguantaba todos los deslices a la negra Ruby. –Al fin y al cabo, yo soy la Catedral – aseguraba la Edith, mirándose en su dedo anular su ilusión, un modesto anillito de *Coro* comprado en Arica.

Una vez prescritos los delitos de sus hermanos, Thomas Kitt abandonó sus frívolos negocios y, asociándose con ellos en una flota de camiones, se *abrió* de Sibila y vendió todo lo suyo. Los tres Kitt, buscando dinero fácil, se dedicaron a traficar drogas, que llevaban desde Bolivia hacia Santiago. Terminaron presos aquel día que, en Quillagua, a pesar de haber pagado miles de pesos en coima, el sargento Heredia, insobornable en asuntos aduaneros, les encontró más de cien kilos de clorhidrato de cocaína ocultos en una carga con repuestos de tractores. Juraron, desde la cárcel, que algún día tomarían venganza contra el "paco re' culiao", pero no fue necesario. La camanchaca, una linterna mohosa y un bus enorme, en un acto de casual complicidad, cumplieron su maldición, sin que los Kitt se movieran de la *capacha*. De Sibila Zarricueta lo último que se supo, fue que, la asesinó una puta vieja en Perú.